



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11229

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 11 DE ABRIL DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreite rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO

DEL DOCTOR LEOPOLDO CÁNDIDO

Tratamiento moderno de las enfermedades crónicas y rebeldes

CONSULTORIO MÉDICO

Centrogenal de vacunaciones

Horas de curación y consulta de 9 á 11 de la mañana y de 3 á 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 83

Vacunas.—De terno a contra la viruela, antituberculosa y contra las enfermedades de los ganados.

Sueros.—Normal, antidiftérico, antituberculoso, antistreptococcico, polivalente y artificial d. Cheron.

Jugos orgánicos. Aplicación para el método Brown Séquard por la vía hipodérmica y por la vía gástrica.

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio, y se expenden por cajas de seis ó más tubos y ampollas, á los señores farmacéuticos. Se practican análisis de líquidos orgánicos, e. putos, etc.

Para informes y pedidos al DOCT. CÁNDIDO MURALLA DEL MAR, 83 CARTAGENA

Teléfono número 30. Dirección Telegráfica: Dr. Cándido

AMAGOS

Malo es que haya perdido España sus colonias, parte no escasa de la hacienda y millones de súbditos; pero hay algo peor todavía: haberlo perdido y no tener tranquilidad ni tiempo para dedicarse a la cura de heridas tan tremendas.

A título de regeneradores, y sobre todo de rechazar vergüenzas de la guerra que á todos nos cobijan, promueven agitación en el país determinados elementos levantiscos que ansian regenerarnos de bien extraño modo, es decir, desangrando á la patria, como si no estuviera bastante desangrada con la sangría suelta que sufrió durante cuatro años con las guerras cubana y filipina y más tarde con la que nos promovieron los yanquis.

Solo a gentes locas se les ocurre emplear ese procedimiento para curar los males de la patria;

solo a quienes carecen de juicio se les figura que agolando la sangre del cuerpo puede éste restaurar mas pronto la perdida salud

Locos y más que locos son los carlistas; fanáticos de un sistema ya caducado, que dejó en el país huella de sangre, pretenden en mala hora galvanizarlo por medio de intentonas, que han de ser para la patria como puñaladas crueles asestadas en su cuerpo moribundo

El fanatismo impele á los carlistas a la guerra civil. El amor propio les impide ver el abismo á cuyo borde ponen la patria. Un patriotismo falso les ofusca hasta el punto de cegarles los ojos y no ven que haciendo de la patria que desean salvar palenque de lucha fratricida, consuman su descredito, preparando el camino por donde han de venir males mayores y daños mas intensos que los causados por las pasadas guerras.

La frase dicha por el ministro inglés de las colonias, relativa á las naciones moribundas, nada dice a

los partidarios de D. Carlos. Tienen oídos y no oyen el ruido que produce el trabajo de zapa de la soberbia Albion; tienen ojos y no ven que Canarias y Baleares son presas codiciadas que excitan el apetito de Jhon Bull y sobre las cuales caerá en el momento en que nos vea enredados en discusion armada

Sean los carlistas todo lo retrogrados que quieran, pero sean buenos españoles Propaguen sus ideas si es que encuentran—cosa que dudamos—terreno abonado para que fructifiquen. Acendan á las urnas y sumen votos para sacar triunfantes á sus candidatos. Todo eso es legal. Pero no pretendan requerir las armas, porque ese remedio, barbaro en todas ocasiones y mas en la presente, es un crimen de lesa nacion.

y satisfecha con el que ella llamaba cándidamente «amado de su alma.»

Era de ver la alegría que María experimentaba cuando después de refida carrera con su cervatillo, se tendía en el césped, anhelante y roja como la amapola silvestre, á la par que el animalito mostraba su contento echando las patitas por el aire y revoloteándose alegremente en la mullida alfombra, donde su amita lanzaba al viento el simpático eco de sus locas risas.

II

Todo pasa en el mundo, todo pasa. Hasta el cándido amor de un cervatillo.

Dos años han transcurrido y el mismo paisaje se ofrece á nuestra vista.—Ya no está sólo el cervatillo, pues á su lado rumia la compañera que eligió, y ambos miran los repetidos saltitos del fruto de su unión, que no lejos se sostenía en interminables ejercicios gimnásticos.

A pocos pasos está María, ya no echada en la verde alfombra ni teniendo sus mejillas el color de grana con que la conocíamos, sino sentada en una piedra con la pálida mejilla apoyada en la palma de su mano, por la que serpenteaban arroyuelos azules de venosa sangre que resaltan más todavía la palidez intensa de su cuerpo.

Vagan sus ojos, alimentando, sin duda, secreta esperanza, y los movimientos de su abultado seno, hace que nos fijemos en la transformación tan grande que María ha sufrido.

En esta postura permanece hasta que el sol, al ocultarse, tinte con luz rojiza la verde pradera y arranca de los ojos de María dos gotas de llanto que, penetrando por la boca, se recojen, sin duda, para emprender al día siguiente el mismo itinerario.

Y más pálida todavía y meneando la cabeza tristemente en señal de otra esperanza perdida, se dirige despacio á la choza sin cuidarse de los cervatillos, que amantes como siempre, van en pos de ella, deseosos de alguna caricia que há tiempo no disfrutaban.

III

—¿Qué fueron tus promesas de constancia y de cariño? ¿Qué las tiernas protestas de unirme á mí para siempre?... ¿Tanto tiempo ha pasado que quizás

más de cuatro te hagan las mismas preguntas y tengan como yo en sus brazos el amargo fruto de su credulidad!

Era María la que al viento enviaba estas preguntas teniendo en su regazo un hermoso niño, al que acariciaba y trataba de ocultar con sus brazos, ni más ni menos que en otro tiempo hiciera con su querido *Caretito*, que á su lado estaba, aunque también transformado en padre de dos cervatillos, y al lado de su inseparable compañera, que era el ama de leche del niño de María.

Caretito... (pues no debemos llamarle *Caretito* siendo ya padre de familia) *Caretito*, decimos, se adelantó un poco, y entrelazando los cuernos á los de su compañera, la condujo al lado de María con objeto de darle alimento al niño, que enseguida se puso á mamar ávidamente.

Al ver la zagala tanta solicitud prometió abrazando con efusión al cervatillo, prodigarle en adelante toda clase de cuidados y caricias, reemplazando en su corazón al olvidadizo seductor.

Enrique Cerezo.

EL CERVATILLO

I

—¡Toma *Caretito!* ¡toma monín!... ¿Pretendes, por ventura, desobedecer á tu amita, que tanto te quiere?

Así interrogaba la «linda pastora», como todos la llamaban en las cercanías, á su cervatillo, precioso animal que ofrecía grandes rasgos análogos á los de su ama, pues los dos competían en el salto, en las carreras y en la natural alegría de los pocos años.

Y *Caretito* salvando con ligereza la distancia que de su ama le separaba, ocultó su juguetosa cabeza en el regazo de la joven, que á su vez le prodigaba tiernas caricias, propias más bien de dirigirlas á un angel que á un animal.

Pero... ¿no era para ella un verdadero angel aquel animalito que si no tenía precisamente alas, ostentaba con orgullo dos cuernecitos finos y tiernos, que á María (esto era el verdadero nombre de la zagala) se le antojaban preciosos dijes, que adornaban aquella cabecita tan querida?...

—¿Cuernos ó alas?... ¿qué más dá?... ¡Todos son apéndice!

Y sin meterse en más disquisiciones de diferenciación, la zagala vivía feliz

VI

Y echó á andar, y seguido de Ursula se metió por la estrecha escalerilla de servicio que se llamaba de las meninas.

Al llegar á un descanso, á una mampara por la que se penetraba en la galería de los Infantes, el suizo que estaba de centinela, y que sin duda conocía á Marcos Calderon, le dejó pasar; pero ornó su alabarda sobre la puerta impidiendo el paso á Ursula.

—Es una buena beata, amigo mío, dijo Marcos Calderon, á quien ha llamado la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

Esta mentira produjo en efecto mágico: el suizo levantó su alabarda, y Ursula pasó.

—Ved, ved; si yo puedo algo aquí, dijo con cierto

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 41

orgullo impertinente Marcos Calderon: es verdad que toda la influencia se reduce á esto, y que para obtenerla he gastado diez años, día por día, hora por hora en el alcázar: pero ved, ved lo que dice en ese tarjeton al lado de esta puerta.

Ursula leyó:

«Cuarto de la excelentísima señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, dama de honor de su majestad la reina.»

VII

Marcos Calderon no redujo á esto sus servicios; abrió la mampara, y dijo á un lacayo que se pasaba en el recibimiento:

—Señor Pertiz, haedme el eminente favor de decir á una de las doncellas de su excelencia, que el bachiller Marcos Calderon necesita hablarla para un asunto muy importante.

—Vaya en gracia si es muy importante el asunto, dijo el lacayo.

Y desapareció por una puerta lateral.

—Entrad, entrad, señora Ursula, dijo Marcos Calderon: no os quedéis ahí fuera de la mampara como una persona infima.

Ursula entró.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 40

—¿Y tiene influencia con su majestad?

—¡Ya lo creo! como que quien la ha presentado en la corte es la princesa de los Ursinos.

—¿Y creéis que esa señora me recibirá?

—Indudablemente, si llamais á la puerta de su cuarto y la pedís audiencia: venid, venid conmigo, y yo os haré pasar por algunos lugares, en los cuales os detendrían si yo no os acompañase.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 37

Llevaba en una mano fuertemente cerrada las pruebas de su nacimiento.

Cuando penetró en el alcázar por la puerta de las meninas se encontró perpleja.

No conocía el alcázar, nunca había estado en él.

Comprendió que era difícil obtener inmediatamente una audiencia del rey y que para ello necesitaba que alguien le ayudase.

No conocía á nadie en el alcázar, á no ser á los altos funcionarios, con quienes había conspirado contra Felipe V, y que sin embargo servían á este.

Es muy común que los palaciegos, pierdan la mano que los protege.

Los reyes están rodeados de ambiciosos vulgares, siempre dispuestos á hacerles trampa por masquinos intereses.

Ursula conocía á algunos gentileshombres traidores, que ennobriendo su traición, aculaban á Felipe V.

Pero ignoraba Ursula si alguno de aquellos gentileshombres estaba de servicio; y dado que lo estuviese, necesitaba un intermediario, para poder llegar junto á él.